

Suscripción

Gerona un mes... 1 Pta.
Provincia y resto
de España Trim.º 4
Extranjero " 7'50"

Número suelto

5 Céntimos

AÑO I

OPICINAS:
Rambla de la Libertad, 33.-GERONA

Miércoles 31 de Agosto de 1910

Dirección Telefónica:

CIUDADANIA.-

GERONA

Núm. 24

Tregua republicana

Con el calor que hace, nadie está para escribir artículos ni pronunciar discursos—dicen del cotarro. Claro. Para qué artículos, ni mítins, ni propaganda si somos unos convencidos? ¡Qué gracia! Ni los carlistas se echarán a la montaña, ni Canalejas transigirá con el Vaticano, ni nosotros tenemos por qué subirnos a la parrá cuando todo marcha como una seda—repiten por ahí, con resignada estupidez y calma, los que no advierten el peligro de una España condenada a perpétua humillación y esquilmo. ¡Infelices!

Corre el rumor de que camarillas palaciegas laboran en silencio la caída de Canalejas. Es probable. Maura, el ambicioso y funesto Maura, viendo que el gran demócrata (sin letra mayúscula) va a comenzar la poda (si es que se atreva), también labora en silencio la caída del ilustre pedagogo. Está visto. En España, para ser gobierno, para ser bien querido allá en elevadas esferas, hay que tener la menor cantidad de radical posible y servirle al jesuitismo en vez de hacerlo con la monarquía y con la patria. ¡Embusteros!

Según un periódico de Madrid, la reina madre y el Nuncio tuvieron secreta y larga conferencia, que puede dar por resultado un gobierno Weyler. ¿Qué supone esto, caso de ser ciertos los rumores? Que Canalejas pierde en debilidad lo que ganó en prestigios y arrestos; que en España es imposible la vida moderna, de que son filia pura la democracia, la libertad y el progreso. ¡Y nosotros tan campantes!

Da vergüenza que los republicanos, capaces de poner a raya los manejos irritantes de la camarilla intrusa, permanezcamos en silencio, cruzados de brazos. Quizás se nos objete que esta tregua obedece a que hay que esperar se abran las cortes, conocer los resultados y leer después en los acontecimientos. Aunque esto sea, el hacer propaganda, el organizarnos, el llevar al convencimiento a los pueblos de que en España se impone un cambio radical de cosas, sería cumplir con el país y con nuestra causa. ¿Quién dice lo contrario?

Los republicanos, tildados de anarquizantes por la reaccionaria taifa, tal vez porque los republicanos jamás estaremos del

lado de los hipócritas y farsantes y si del proletariado en su torturada existencia de explotación, burla y desdén, debemos advertirle al pueblo que sus derechos y soberanía peligran si no sacudimos nuestra inercia y modorra.

Por nacional decoro, por respeto a la memoria de los que nos legaran cívicas virtudes, de los que, apóstoles de la libertad y redentores de la brutal opresión derramaron generosamente su sangre, se nos impone el ejemplo, desmintiendo al enemigo la supuesta cobardía y la señalada impotencia.

Para evitar que el inquisitorial placer, la delación y la violencia levanten de nuevo sangrientas protestas, urge llamar al pueblo a sus deberes, trazarle el camino para llegar a donde hay que ir en sus ansias redentoras del moderno avance, para enseñarles a los gobiernos que sin la identificación de las aspiraciones populares son gobiernos fracasados.

De nuestra ignorancia, de nuestra resignación prostituida se horrorizan las naciones cultas, las naciones libres. ¿Acaso tamaños defectos son propios de nuestro temperamento y de nuestra raza? Qué lo digan Italia y Francia, que perteneciendo a ella, marchan a la cabeza del mundo civilizado. Y ¿por qué esto? Porque allí otros son los gobiernos, otras las energías, otras las convicciones, otras las doctrinas, otras las enseñanzas, otro el concepto que tienen de la libertad y de la patria.

Mientras aquí pedemos el tiempo en frívolas discusiones, en despellejarnos los unos a los otros, en hacer política de café, en decir mal de los curas y otras tonterías, allí trabajan, estudian, hacen política seria, educan las conciencias, enseñan a odiar la mentira y les abren paso a la Verdad y al progreso humano. ¿Qué tal?

¿Tregua? ¿Para qué? ¿Para perder lo conquistado? Para que después tengamos que lamentar futuros desengaños? Verdaderamente triste es que cuando el enemigo se prepara y trabaja, nosotros permanezcamos tranquilos y callados. ¿Es que acaso nos faltan medios? No. Lo que nos falta es voluntad, energía, una fuerza propulsora que nos lleve a contrarrestar otra fuerza que en la montaña y en el valle, en la ciudad y en la aldea, nos amenaza con destruir lo que nuestros padres conquistaron a fuerza de abnegación y patriotismo. ¿Les dejaremos?

JANOF.

La muerte de Juan Paria (\*)

Clareaba la tristeza de un día gris cuando el piquete que había ejecutado a Juan Paria salió de la caserna para dirigirse al glacis del castillo. En el rostro pálido de los soldados adivinábase el sufrimiento producido por el terrible deber que habían de cumplir. El condenado, que rechazó la compañía de los sacerdotes, marchaba delante, las manos atadas a la espalda, con ese aire estúpido del que no se da cuenta exacta de lo que le ocurre; mas sus pobres ojos estaban enrojecidos por el llanto, y a cada ocho ó diez pasos sus piernas flaqueaban haciendo vacilar todo su cuerpo de gigante.

La comitiva, en un silencio que se hizo más intenso tras un rápido redoblar de tambores, llegó al lugar del cruento sacrificio. Entonces Juan Paria dirigió una mirada de incommensurable desfallecimiento a su entorno y consideró con una sonrisa indefinible a los que habían de fusilarle.

Oyéronse unos golpes breves, secos: los soldados cargaban sus fusiles... Silencio... El reo fué vendado, y el oficial ya iba a dar la orden de ejecución cuando Juan Paria abrió los labios indicando que deseaba hablar. Fué un momento. El infeliz, con voz entrecortada por los sollozos que agitaban su pecho enorme, pudo decir las siguientes palabras:

—Yo no soy malo... os lo juro... Toda mi vida la he pasado trabajando... No recuerdo nada que pueda avergonzarme... Un día... era yo muy pequeño... mis padres me llevaron a un edificio en construcción... Subí alegremente al andamio y ya no bajé más... En verano, el sol quemaba allí... pero yo amaba el sol... En invierno, el viento helado me hacía tiritar, en lo alto... A veces sobrevinían paros forzosos... ¡el hambre!... Yo no protesté jamás... Juan no había nacido para protestar... Era mi destino... ¡qué diablo!... De todas maneras, si el trabajo no hubiera sido tan pesado... todo habría sido más llevadero... Pero ¿cómo remediarlo?... Así estaba escrito... era preciso conformarse... Más tarde... tuve mujer... y todas las mañanas... cuando ella me traía el almuerzo... ¡oh, si lo hubiérais visto!... era una alegría... los ricos no las tienen tan grandes... Mientras comía, yo miraba la obra, y pensaba: ya no falta mucho... pronto la bandera ondeará arriba... sobre el esfuerzo de todos, sobre tu propio esfuerzo... Después, antes de despedirnos, hablábamos de lo que había de venir... La veía alejarse con su cesta... ¡pobre Marta!... Más tarde... ya no venía sola... Los niños jugueteaban mientras yo devoraba el almuerzo... Como no faltaba pan éramos felices... Más adelante, el buen Dios nos ayudaría... Y yo trabajaba tranquilo, conformado, sin darme apenas cuenta... sin tener que beber como mis compañeros... trabajaba desde que amanecía hasta que llegaba la noche...

Pero el otro día... ha sido un trastorno... un aturdimiento... una con-

(\*) Del Llibre de l'August d'Alzina.

vulsión de todo mi ser... No sé qué sentí aquí dentro... El trabajo ha cesado en todas partes... y por la noche... cuando me figuraba que a la mañana siguiente todo estaría arreglado... me han venido a buscar, asegurándome que ahora iba de veras, que había llegado el momento, que los nuestros se batían en las calles... ¿Qué queréis?... Me pedían un esfuerzo, y lo he dado... Yo os diré que nunca tuve ideas... no me había quedado tiempo para tenerlas... y todo eso ha sido como un relámpago... He pensado un instante que quizá no era justo que trabajáramos tanto y careciésemos siempre de lo más necesario... Y ahora todavía, pienso que sin duda no es justo... Pero ha sido como un relámpago, os digo... Marta... mis pequeños me sujetaban... «No vayas, Juan, no vayas»... He podido deshacerme de aquellos brazos, conteniendo las lágrimas que me ahogaban... y he salido ciego... loco... En la calle, sin saber cómo, me han dado un arma... En todas partes se levantaban barricadas... Acaso más allá de todo eso había el bienestar...

Después, horas y más horas mascando polvo, cegado por el humo, bajo la metralla que lo arrasaba todo... Un día entero, una noche... Oíanse ayes, y gritos, y blasfemias... Compañeros que hasta hace poco estaban conmigo en el andamio, han caído a mis pies retorciéndose horriblemente... Pero cada muerte de los míos era como una nueva vida para mí... Yo ignoraba lo que era un arma... pero os juro que he sabido hacer buen uso de ella... Por fin me he visto solo allí en lo alto... a mi alrededor todo se hundió... Es el fin del mundo, me he dicho...

De buena fe he creído que detrás de todo eso vendría un poco de bienestar... Me he engañado... es triste... Estará escrito que hemos de sufrir siempre y hemos de morir por nada... Pero... mi mujer... Marta... mis hijos... ¿dónde están?... Trabajar otra vez... siempre... El andamio... el sol... ¡Ah! ¿es que he de morir? ¿es que se muere así, tan fácilmente, abandonado de todos?... ¿Es verdad... eso... ó es un sueño?... ¿Es que una vida no es nada?... Trabajaré... Quiero vivir... quiero vivir... No soy malo... y si he bajado de mi andamio a la barricada ha sido figurándome que, después, todos estaríamos mejor... No me mateis...

Súbitamente oyose el ruido horrible de cuatro descargas simultáneas. El cuerpo de Juan Paria se desplomó sobre la hierba humedecida, con el corazón y el cráneo destrozados por las balas. Fué un segundo de una angustia suprema. Después, sobre la gran madre tierra, todo volvió a quedar igual.

Los labios del desgraciado quedaron abiertos en una contracción dolorosa: parecía como si flotara en ellos el enigma de la última palabra informulada; los ojos ensangrentados, llenos aún de estupor y de pavor, se dilataban hacia lo desconocido.

Desfiló el piquete: el sol puso un resplandor rojo en el acero de los fusiles. Oyose, estridente, prolongado, como el canto de un gallo, el toque de un clarín y los carillones de las

iglesias de la ciudad que, como todas las mañanas, anunciaban el divino sacrificio de Jesús.

A los besos del sol abriéronse dos grandes rosas escarlata en el pabre cuerpo de Juan Paria: una en la frente, otra en el corazón. Y sobre la menta olorosa manchada de sangre había también como una pasión de pequeñas rosas de fuego...

CARLOS RAHOLA.

Viendo la vida

Para un señor Doctor que apellidase Ruiz, y tiene por nombre, muy respetado, Diego.

Magier mi profanación en la materia, no dejará mi pluma de ofrecerte a vuesa merced, señor Doctor, una prueba de admiración y de agradecimiento muy rendido por aquellos admirables estudios que twistéis la amabilidad y la gentil delicadeza de enviarme. ¿Sois brujo, señor, de la cabalística ciencia de la vida, que así podéis a vuestro placer y antojo con la magia de vuestra pluma descorder los tupidos velos del cientifismo que todo ahógalo y entenebrece? Tras exprimir mil veces mi caletre, ésta fué la pregunta que vinome a los labios y que hoy entre admiraciones os trasmito, pues he de confesaros que espantárame el título del envío de no haber visto el presagio de bellezas de vuestro nombre. El fué quien hubo de incitarme a la lectura y acabé, en fin de cuentas, confesándome que hice mal en dudar, ya que presentose a mi vista el problema con la soberana claridad de un mediodía incernizo.

Y hubo de añadir—yo que ando tiempo há medio chiflado entre artículos de códigos y legajos de procesos— que en ocasiones, mejor que habilidades abogaciles, le valdrá al pobre reo quien por encima de la ley le estudie y venga en demostrar que no es quien ella para juzgar de acciones u omisiones en cuyo proceso, más que voluntades, intervinieron malandrinescos elementos que adueñaronse así de la lengua haciéndola proferir ciertas palabras, como de la mano haciéndola ejecutar determinados actos que la austera rigidez de un Fiscal considera inconsecuencia.

Y saqué en consecuencia que fué alta y meritoria vuestra labor, Doctor, llevando a caso de emoción de almas lo que solicitaban otros para antro de perversion de espíritu y de cuerpo. Y que una vez más el bello maridaje de la Ciencia-Ley y la Ciencia-Medicina fué alumbrado con resplandores de justicia.

Y que, de este resplandor, bien correspondiente una aureola a vuestro nombre.

Y he aquí cómo hoy el xino a romper la monotonía de mis glosas, y el por qué quisé hermanar a una acción de gracias un canto de alabanza.

INCÓGNITUS.

FOLLETO SENSACIONAL.

LA LOCURA DE ALVAREZ DE CASTRO

por P. BERTRANA y DIEGO RUIZ

PRECIO: 1 PESETA.

De venta en la librería de Dalmau Carles y kiosco de la Viuda de Ciriacos Marull.